

Pero la adoracion perpetua no es solamente para nosotros un manantial inagotable de edificación, es tambien una fuente no me-

algo en el mundo capaz de revelarnos nuestra propia grandeza, y de imprimir fuertemente en nuestra alma el sentimiento de nuestra dignidad personal, es seguramente la presencia perpetua de Dios entre nosotros. Considerád que no es una simple teoría especulativa, lo que impresiona frecuentemente muy poco á la generalidad de los espíritus; es un hecho visible, lo que nos toca más; y tambien no es un hecho histórico á larga distancia y casi sin ningun alcance para nosotros; es un hecho siempre presente, inmovilizado y perpetuo en una institucion pública; es un hecho prodigioso que écha por tierra nuestras ideas, obliga á sacrificios y conmueve todos los hábitos de la vida natural. Dios está ahí! Qué es lo que puede ir más á fondo que este entusiasmo en nuestros pensamientos y en nuestras afecciones? Dios está ahí? No soy despreciado, ni olvidado por él! Mi vida tiene bastantes atractivos, mi alma bastante valor para interesar, para atraer y para que Dios permanezca cerca de mí! — Qué testimonio público de estimacion, qué opinion irrevocable dada sobre mi grandeza! Qué quereis que espere todavia, y qué será necesario para convencerme más de mi eminente dignidad? Ah! vosotros que disertais algunas veces de una manera tan extraña sobre los derechos del hombre, venid aqui, y aprenderéis á conocerlos; y vosotros que afectais despreciar frecuentemente su pequeñez, venid tambien, y seréis confundidos. — Que se figure, si es posible, la extraña renovacion que debió operar la exaltacion moral que produjo, y que continua sosteniendo sin cesar en el espíritu general, este hecho de la presencia de Dios en la tierra, interpretado interiormente, comentado naturalmente y sin esfuerzo de logica por la simple admiracion, y por el amor de cada fiél! Ciertamente, la Encarnacion podia impresionar al espíritu, pero quedada sola y sin relacion individual con nosotros, ella hubiéese estado muy distante de nosotros en el transcurso de los siglos, para multiplicar y renovar sin cesar esta impresion interior. En el día despues de la Ascension, la humanidad distraida hubiéese vuelto á caer, y no seriamos hoy, segun la expresion de San Buenaventura, más que un vil rebaño de animales. *Tolle hoc sacramentum ab Ecclesia... et populus Christianus erit grex porcorum dispersus.* C. II, de Præpar. ad Miss. — Del sentimiento de nuestra [propia

nos abundante de gracias celestiales, y ésa es su segunda ventaja para nosotros. Dos razones concurren para procurarnos esta ven-

grandeza al respeto de nosotros mismos, al gusto de la vida moral, á decir verdad no hay más que un paso. La dignidad obliga: quien conoce su nobleza es infálblemente llevado á rodearla de honor, y á conservar su vida en una elevacion por encima de lo que la rebaja ó de lo que la mancha. Por este lado, la Eucaristia yá nos estimula á las más altas glorias del alma; pero dádos cuenta además, si podeis, del efecto directo de esta presencia sobre la conciencia moral. Qué tipo de santidad colocado bajo las miradas de los hombres! Qué ejemplo permanente, qué leccion pública para todos, de elevacion en la vida, de sacrificio de sí mismo y de amor sin limites! Qué continua y terrible condenacion de nuestras debilidades y de nuestros vicios? Qué *Sursum corda* lanzado en medio del egoismo y del sensualismo del mundo! Fuera de la santa Comunión, de la cuál no hablamos aqui, buscád y decidme si encontrais en alguna parte cómo excitante moral, cómo germen de pureza y de honor, una institucion de un alcance mayor, de una eficacia tan segura y tan profunda? Quién podrá decir hoy cuántos pensamientos malos há hecho desvanecer, desde hace dos mil años, y cuántas resoluciones inmorales suspedido y ahogado, este solo hecho de la presencia de Jesucristo enfrente de nosotros, asi cómo las santas virtudes que há hecho germinar! Lo que es cierto, que debemos nosotros á la continuidad de esta presencia y de su accion el vigor de nuestro temperamento moral: las razas que han tenido la desgracia de sustraerse, nos lo prueban demasiado; y es á ella sola que es preciso atribuir hoy la gloria de nuestra conciencia cristiana que encuentra el medio, en este momento, de tener al mundo átonito. Si ciertamente, si á pesar del mal que desborda no estamos todavia sumergidos; si á pesar de la audacia y de la fuerza inaudita de los malos, el vicio encuentra en nosotros resistencias de las cuáles es imposible triunfar, es á este tipo de gloria ideal, siempre brillante á nuestra vista, que es preciso absolutamente rendir homenaje. Esta vida divina hiere con su esplendor, esta celestial pureza impresiona con golpes de rayo que aplastan y hacen retroceder avergonzadamente las elegancias inmorales y las teorías depravadas de este tiempo. Jesucristo está ahí! Su vecindad, su virginal impresion en nuestras almas nos acostumbran á

taja. La primera es que Nuestro Señor, que está siempre dispuesto para acordarnos sus gracias, lo está necesariamente mucho más

táles delicadezas, enciende en nuestros corazones un amor tén exquisito de lo bello, que todo lo que le es contrario ocasiona más disgusto que indignacion, y, un dia ú otro, está infálblemente condenado á morir bajo nuestros desprecios. — III. Si el hombre individual es de este modo levantado y moralizado por la Santa Eucaristia, cómo pensar que la felicidad publica deje de sentir los éfectos de este nuevo estado? Hacer buenos á los hombres, felices interiormente, no es alejar de ellos toda tentacion de agitacion social y de rebelion contra la autoridad legitima? Pero, sin llevar tén lejos esta conclusion, consideremos la accion inmediata de la Eucaristia sobre la tranquilidad publica de los pueblos cristianos. — Un filosofo incrédulo, en una de sus lecciones celebres sobre el derecho natural, Jouffroy: *Curso de derecho nat.*, leccion x., despues de haber pintado de mano maestra los desordenes y los sufrimientos de las sociedades contemporaneas, exclamaba con amargura: « Lo que nos falta, es la solucion á una media docena de cuestiones á las cuáles el catécismo respondia antiguamente, y á las que nada responde hoy. » Seguramente que tenia razon: la turbacion de la sociedad no es y no puede ser más que el resultado de la turbacion de las almas. Conservar en los espíritus las verdaderas creencias, mantener las esperanzas de un porvenir eterno, sostener sin cesar la caridad en los corazones, hé aqui lo que réalmente pacifica y tranquiliza al mundo. Trabajo íntimo, continuo, difícil, que ninguna constitucion politica remplace, que ninguna legislacion suple. Y no os asombréis por nuestra afirmacion, ella es del mayor rigor téologico: es la Santa Eucaristia quién réaliza esta obra invisible en medio de nosotros. Si, es Nuestro Señor Jesucristo, cuando há venido la primera véz á la tierra, que há dado para todos los siglos las más elevadas doctrinas y abierto sobre el porvenir las más bellas esperanzas; pero estas doctrinas, quién las guarda en el pensamiento privado? Estas esperanzas, quién las sostiene en el corazon de cada uno? No olvideis que estos tesoros sublimes llevan con ellos sus peligros: cuánto más divinos y superiores son á nuestra naturaleza, más secretas disposiciones tiene tambien la naturaleza para cansarse y abandonarlos. Suponed que despues de la Ascension hubiése cesado toda presencia réal de Dios en la tierra, y que entre Nues-

en este solemnidad, en dónde recibe nuestros homenajes y adoraciones. Porque es entre todos un Dueño generoso y esplendido,

tro Señor y nosotros no hubiése quedado más que el abismo de una distancia infinita, creéis que la enseñanza cristiana hubiése permanecido mucho tiempo en el espíritu de la muchedumbre? La Iglesia hubiéra dicho lo que hubiéra querido, pero los pueblos fastidiados á la larga por esta grande ausencia, tén más atormentados interiormente cuánto más proximos de Dios hubiéran estado, tén más impacientes por su suerte, cuánto esperanzas más seductoras llevaban en el corazon, los pueblos no encontrando más que un suplicio en los grandes vacios del Catolicismo, habrian acabado no solamente por volverlas la espalda, sinó tambien por aborrecerlas soberanamente. Y como despues de todo, nada hubiéra podido remplazar nunca en ellos esta perdida, llegados en poco tiempo al disgusto de todo lo demás, los habriais visto antes de tres siglos rodar en el abismo del escepticismo universal. *Tolle hoc Sacramentum ab Ecclesia, et quid erit in mundo nisi error et infidelitas?* S. Buenav. ut supra. Gracias al cielo, la Eucaristia há guardado todo: estableciendose de una manera permanente y visible en el centro de su pueblo, Jesucristo há mantenido sin cesar la fé y réanimado las esperanzas. *Permanente hoc Sacramento, perstat super fundamentum suum ædificium fidei: spes quotidiana peccatorum revirescit.* Rupert. *De Divinis officiis*, lib. 2. cap. 10. El medio de dudar ó de abatirse, es posible, cuándo se le vé, cuándo se le siente á su lado! Custodio él mismo de su palabra, permanece para dár testimonio de su autenticidad, garantir sus promesas; su presencia nos responde de todo, cómo ella responde á todo. Por dónde se deslizaria una turbacion para el presente, una sospecha para el porvenir? La certeza natural produce incontestablemente una grande tranquilidad en el pensamiento, y es necesaria para la felicidad de la vida presente; pero que diferencia sin embargo con esta quiétud incomparable que establece en nosotros Dios visiblemente presente, y percibido á la véz por nuestros sentidos, por nuestro espíritu y por nuestro corazon! Tén adentro cómo se sumerjan aqui nuestras meditaciones, siempre se mueven en poderosas realidades, sin alcanzar jamás al extremo de esta posesion prodigiosa. En la Eucaristia teneis la historia de Dios y la de los hombres. Todo está allí, el pasado con su larga espectacion, sus figu-

complaciéndose en volver mil veces más que no recibe. Y cómo en este día recibe la expresión de nuestros sentimientos de fidelidad

ras, sus profecías, sus acontecimientos que todos convergen hacia el Tabernáculo; el presente con sus alegrías, sus luchas y sus angustias, que no se explican más que por Dios vivo aquí bajo; el porvenir con sus realidades, sus glorias, sus delicias, contenidas absolutamente bajo las sombras del misterio. *Christus heri et hodie et in sæcula*. Hebr., XIII, 8. Hé oído decir algunas veces al odio ciego, que los cristianos eran de una naturaleza estrecha: si se pudiera medir lo que en la Eucaristía nuestro pensamiento abraza, lo que nuestro corazón encierra, cómo se estaría confuso! Si hay algo cierto, es que esta suma de realidades divinas y terrestres, visibles é invisibles, intelectuales, físicas y morales, acumuladas en un solo sacramento, nos sobrecoge, nos tranquiliza, nos descansa y nos colma, muy diferentemente que las demás cosas poseídas aquí bajo. De ahí, sin duda alguna, esta quietud interna, esta tranquilidad del alma que se vé brillar en la vida, y hasta en la fisonomía de las naciones cristianas. El carácter saliente de los pueblos sin la Eucaristía, cuándo no es un embrutecimiento completo, es la impaciencia y la agitación. Nada más que al considerarlos, se siente que los primeros poseen y gozan, mientras que los otros buscan y codician. Quién se encargaría de sostener que esto no es de ningún peso en la existencia pública, y no produce su resultado en los hábitos nacionales de estos pueblos?— Para medir, por lo demás, todo el alcance de la acción eucarística sobre nuestra vida general, es preciso acudir sobre todo á la comunidad de sentimientos que ella establece. Qué lazo más indisoluble de paz entre los hombres, cómo la mancomunidad de las mismas creencias y de las mismas afecciones? La presencia real nos uná á la vez á todos con Jesucristo, nos asocia á su vida, cómo no será para nosotros el cimiento de las almas, el nudo del amor común y la garantía infalible de nuestra paz mutua? Hacéd los pactos que queráis, es aquí solamente que se constituye la unión. *Unimur ad invicem per ipsum*. Damasc. lib. IV. *De fide orthodox.* Pensád en la reconciliación pública y en la concordia nacional, es la Eucaristía solamente la que realiza la paz. *Et erit iste pax*. Mich. v. 5. — Qué pretendemos, y qué queremos hacer al agruparnos más solemne y más regularmente alrededor de la Santa Eucaristía en la adoración perpetua?

y de ternura, sus manos se abren con una liberalidad excepcional, y toda alma bien dispuesta recoge los más preciosos tesoros<sup>1</sup>.

Ante todo pretendemos rendir homenaje á Nuestro Señor; es nuestra alegría indemnizarle de las ingratitudes y de los ultrajes con que su bondad infinita es pagada tan frecuentemente; nos complacemos en pensar que tendrá algún consuelo en sentir á nuestros corazones, sin cesar alrededor suyo, cómo una guardia fiel, y ocupados en defenderle contra el olvido, así cómo contra el odio del mundo. Pero también pretendemos restaurar ó rehacer en la Eucaristía nuestra grandeza que cae, nuestra moralidad que vacila, nuestra tranquilidad común que se turba hoy tan profundamente. Honrando á Jesucristo en la Eucaristía, defendemos nuestra propia gloria, protegemos el honor de nuestra vida moral, y levantamos á nuestra patria; tan cierto es que en Jesucristo nuestros intereses están mezclados cómo nuestras vidas, y que basta que él sea amado para que nosotros seámos glorificados y salvados. (Mgr. Saivet, *La Adoración perpetua, su influencia sobre las almas y las sociedades*, n. 273).

1. El Evangelio tiene para sus lectores un secreto encanto que no tienen los demás libros, porque no há salido de la mano de los hombres. Se tiene la conciencia agitada por el remordimiento? Deséase leer su propia historia en la del hijo prodigo; y se siente renacer la esperanza, viendo con que éfusión de ternura, un padre recibe en sus brazos á un hijo que creía para siempre perdido. ¿Viene la muerte de una persona querida á abrir en nuestra alma una fuente inagotable de penas? sientese consolado desahogando su dolor en el seno de Jesús, que lloró sobre el sepulcro de un amigo. ¿Estará el pobre en el momento de sucumbir bajo los rigores de la indigencia? el peso de su miseria será más ligero, cuándo oirá al Salvador hablarle de los cuidados que la Providencia se toma por el adorno de la azucena de los campos, y para alimentar á los pajaros del cielo. Qué no me hubiése sido dado, se dice quizás, leyendo la vida del Redentor, sér contemporáneo del Hombre-Dios, de verle, de oírle y de abrirle mi corazón! Dichoso Lazaro, dando hospitalidad al Mesías! Dichosa la Samaritana, sacando en el manantial mismo de la vida las aguas que saltan hasta la vida eterna! Estos piadosos deséos no están en cierto modo satisfechos, mis

Por lo demás, aun cuándo Nuestro Señor pudiéra tener razones para mostrarse avaro de sus gracias con nosotros, tambien en este dia

queridos hermanos, cuándo entráis en las iglesias? No encontrais allí á este mismo Jesus que pasaba haciendo el bien, esta luz que hacia la gloria de Israel? El Hombre-Dios se oculta en verdad bajo los velos eucarísticos; pero está menos vivo bajo estos mismos velos? Há entrado en este misterioso silencio que no romperá más que en el trono de su justicia; pero habla menos á nuestra alma, yá para censurarla su languidez, yá para sostener valor? No vémos á este buen Maestro? Ah! desde el fondo de su santuario, no dirige sobre nosotros una mirada de misericordia para llamarnos, é invitarnos á llorar amargamente nuestras caídas y nuestra ingratitud? Infíel Jerusalem! porque no véis yá al Hijo de Maria derramar lágrimas por tu dureza, crees que, desde el altar en dónde se inmola, no lanza hacia el cielo gemidos por tu indiferencia é incredulidad? Pero, mis queridos hermanos, porque no ois la palabra creadora mandar á la naturaleza para multiplicar el pan que os alimenta, creéis que el grito de vuestra angustia no llega hasta su corazon, y que su providencia no os prepara recursos que vuestra prudencia no había podido prever? Cuándo ibais á ostentar en el templo vuestra miseria, creiais que este espectáculo no le conmuevia? (Card. de Bonald, *Pastoral para recomendar la adoracion perpetua.*)

— *Yo soy el camino, la verdad y la vida*; estas palabras memorables no podrian encontrarse en los labios de un mortal. El es el camino, id á él, que os conducirá por los sendéros de la justicia que conducen á una felicidad sin fin. El es la verdad, id á él y os enseñará la verdadera ciencia, la ciencia de la salvacion. El es la vida, id á él y os hará vivir de la vida del alma, de la vida del cuerpo y de la vida éterna. (Mgr. Røess. loc. cit.). — La Santa Escritura refiere cómo una gracia insigne acordada á José, hijo de Jacob, cuándo, perseguido por su virtud, fué arrojado en un oscuro calabozo, que la sabiduria divina no lo abandonó al ludibrio de sus enemigos, sinó que bajó con él al calabozo, para consolarle y fortificarle: *Descendit cum eo in foveam et in vinculis non dereliqui eam.* Sap. x, 43. Pero se puede comparar este favor con el que la Sabiduria incrédada nos hace permaneciendo con nosotros, en la prision de esta triste vida? Con Jesus réal y corporalmente presente en medio de nosotros, qué nos falta? Qué podeis buscar que no encon-

en que recibe nuestros homenajes, estaria forzado á acordarnoslas con abundancia, á causa de la unanimidad de nuestras oraciones que se las piden. Vosotros sabeis que Nuestro Señor se há obligado absolutamente á atender toda suplica que le séa dirigida por muchas personas reunidas<sup>1</sup>. Y nosotros nos encontramos en las condiciones puestas por él mismo para forzar su colera á apaciguarse y su mano á abrirse. Porque estamos aqui muchos réunidos, y réunidos en su nombre, é implorando sobre nosotros la éfusión de sus gracias por una suplica y aspiraciones unánimes. Y porque es la adoracion perpetua quién nos há réunido, es por consiguiente á

treis en él? decia San Bernardo. Si estais enfermos, es el mejor médico; si estais desterrados, él lo está cómo vosotros; si estais en la desolacion, es un amigo lleno de habilidad para consolar los corazones; si teneis dificiles combates que sostener, qué podeis temer con un Dios por aliado? Si la sed seca vuestra boca, teneis la misteriosa bebida que calma todos los ardores, esta agua de cuya piedra bebieron los Judios en el desierto, y que impide tener nunca sed. El será el vestido que os protegerá contra el frio, la alegria que embalsamará vuestros dolores, la luz que disipará la tinieblas con las cuáles los dias del hombre están frecuentemente oscurecidos. Es un padre, es un esposo; es un hermano, es un amigo. Es la grandeza, la belleza, la misericordia y la sabiduria, es Dios, es todo. *Deus meus et omnia.* El está sobre todo, dejádmelo decir con el apostol á los pobres pecadores, es la propiciacion, es el perdon, es la victima de la salvacion por nuestros pecados. *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris, non pro nostris autem tantum sed pro totius mundi.* Porque há sufrido por todos los hombres: no há excluido ninguna ofensa de su propiciacion. De suerte que, por un prodigio de misericordia, es por Jesucristo que podemos nosotros expiar las faltas cometidas contra Jesucristo mismo. Comprendéd porque, en todas las conjeturas criticas, en los momentos malos, en todas horas de escandalo, la Iglesia levanta entre el cielo y la tierra, este Dios convertido en nuestra victima: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris.* (Deguin, ap. á la *Semana del clero*, tomo 11, pag. 549-550).

1. Mat. xviii, 20.

ella que debemos esta segunda ventaja, de encontrar un manantial de gracias t n seguras cómo abundantes 1.

1. H  aquí una pregunta, que me h  dirigido con mucha frecuencia, y no dudo que en estos momentos benditos, en que, arrodillados al pie del santuario, habeis sentido vosotros las delicias de la Eucaristia, no dudo que no os la hayais hecho. La pregunta es esta: *Qué seriamos sin la Eucaristia?* Y tambien, tres respuestas llegan al momento   mis labios: Sin la Eucaristia, el mundo estaria vacio; sin la Eucaristia, el corazon estaria frio; sin la Eucaristia, la Iglesia estaria triste. Sin Eucaristia, el mundo estaria vacio, y en  fecto, es ella quién lo llena con la majestad divina. Sin la Eucaristia, el corazon estaria frio, porque es ella quién nos enseña amar. Sin la Eucaristia, la Iglesia estaria triste, la Eucaristia es toda la alegría. Tales son los tres pensamientos que nos servirán para nuestra meditacion... — I. *Sin la Eucaristia, el mundo estaria vacio.* Lo que más me entusiasma en las bellas escenas del paraíso terrenal, no es el brillo de esta naturaleza, que sale floreciente de las manos de su Criador; ni la fecundidad del suelo; ni la magnificencia de las plantas; ni la transparencia de los cuatro rios que lo riegan; no es tampoco la perfección y la belleza de las dos primeras criaturas humanas, que Dios h  establecido soberanas del universo entero. N , lo que principalmente me encanta, es el dulce   intimo trato que, desde los primeros días de la creación, se establece entre Dios y el hombre. — H  aquí   Adan y   Eva que se pasean bajo las sombras del paraíso terrenal. No est n solos: un tercer personaje se une   ellos; y este personaje es el mismo Dios. Quién dir  las in fables conversaciones en que Adan pregunta   su Señor; en que este se abaja, y le enseña   deletrear y   leer el hermoso libro de la creación, abierto ante sus ojos, y hace subir su alma   infinitos y dulcisimos arrobamientos!... Cómo no seria grande el hombre? Dios le levanta   su nivel. Cómo no seria rico el hombre? Dios derrama en él todos los tesoros de su divinidad. Cómo no seria dichoso el hombre? Dios mismo se h  hecho su amigo... La grandeza, la riqueza, la felicidad del paraíso terrenal se r sumen en estas dos palabras: *Dios con el hombre; el hombre con Dios!*... Pero peca el hombre, y es lanzado del Eden; y en el lugar de las flores del paraíso terrestre, no encuentra más que esp nas y abrojos. Ah! del mismo modo que no eran las flores que yo

*Conclusion.* — Cristianos, una solemnidad que es t n ventajosa   la v z, y  para Nuestro Señor, y  para nosotros mismos; una

admiraba en el Eden, de igual manera lo que me disgusta y me asusta ahora, no son las esp nas y los abrojos. El paraíso terrenal era el *hombre con Dios*: el mundo, despues de la caida, es el *hombre sin Dios*. — H  aquí dos hombres, que recorren el campo: el uno medita contra el otro criminales proyectos; el uno se llama Caín y el otro Abel; Caín se precipita sobre Abel, y le mata: *es el hombre sin Dios*. El se h  convertido en duro bronce, y se diria que Dios se oculta detrás. Record d la historia del mundo, desde el pecado original: enumer d, si podeis, todas las verguenzas, todas las id latrias de este tiempo; ellas se explican con una sola palabra: *el hombre sin Dios*. — Ah! sin duda, Dios se h  reservado y permanece en un rincon de la tierra, en el globo que h  creado: *Dios es conocido en la Judea*, exclama David, *su nombre es grande en Israel!* Y en  fecto, Dios habla con Abrahán, en el valle de Mambres; se revela   Jacob dormido sobre la piedra de Haran; dicta leyes   Moises en el monte Sinai; modula su nombre inmortal en el arpa de oro de David; purifica los labios de Isaías con un carbon encendido; se muestra   todos los profetas en visiones esplendidas. Pero estas visiones no son más que relampagos que atraviesan la oscura noche. La noche es sombr a, y el mundo está vacio, porque *está sin Dios*... Y sin embargo, del seno de este vacio y de estas tinieblas, oigo  levarse la voz del profeta: *Una virgen concebir  y parir  un hijo, que será llamado Emmuel.* Emmuel! Qué quiere esto decir? Muchos siglos despues, el  vangelista San Mateo me lo enseña: *Emmuel* significa: *Dios con nosotros*. — Cómo, con nosotros!... Dios con el hombre!... Dios con el mundo!... Es que v    llenarse el vacio?... Es que la noche se h  disipado?... Es que h  pasado el invierno?... Es que las flores v n   reaparecer?... Es que las puertas del paraíso terrenal, que estaban cerradas, v n   volverse abrir? Si, *Emmuel* h  aparecido, porque *el Verbo se h  hecho carne; h  venido   habitar entre nosotros*. Nuestros Padres lo han visto pequeño en la cuna de Belen; h n oido sus discursos: h n admirado sus prodigios; h n tocado su carne adorable; y, cuándo los malvados lo h n clavado en una cruz, ellos lo h n visto sufrir, despues morir, y enseguida ascender al cielo. — Nuestros padres lo han visto, lo han oido y lo han tocado... Pero, Señor, soy

solemnidad que tiene por resultado hacer conocer mejor, servir y amar más á nuestro Señor, y sér para nosotros un doble manan-

menos que mis padres? Ah! cómo ellos, tengo necesidad de véros, y de aproximarme á vos! *Emmuel! Emmuel!* en dónde estáis? Yo os busco por todas partes: porque no puedo vivir sin vos... Me aproximo al altar: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre!* Hé ahí el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Hé ahí al Verbo encarnado! Hé ahí á Emmanuel! Hé ahí á Dios con nosotros. En éfecto, el Dios de la Eucaristia esta ahí, pero, al mismo tiempo, está en todas partes, habita en todos los altares: en el norte y en el mediodia, al oriente y al occidente, por todas partes se ofrece la hostia inmaculada. Oh mundo! oh suelo! que piso con mis pies, cierto es que eres téatro de muchos crímenes y que sirves frecuentemente de pedestal al orgullo y á la ambicion del hombre: ésa es tu vergüenza; pero al mismo tiempo eres el fuerte asiento sobre el cuál descansan nuestros tabernáculos y nuestros altares: hé ahí tu gloria. — Tu belleza no es ni la estrella del cielo, ni la flor del jardín, ni la perla del oceano. Lo que yo estimo en ti son tus tabernáculos; porque es allí que reside el *Dios de las Virtudes*... Pero estos mismos tabernáculos no son más que la tienda en dónde está durante algunos instantes el divino Pasajero. El quiere venir hasta mí; baja, se une y conversa conmigo más íntima y deliciosamente que con Adán y Eva en el paraíso terrenal. Nó, el mundo no está vacío: *Mi Dios está conmigo!*... Nó, mi corazón no está ya vacío. — II. Pero no solamente mi corazón no está vacío, no está ya frío: ó mejor no está frío, porque no está vacío. Es mi segunda parte. — Entre las palabras del Salvador, que leo en el santo Evangelio, hay una que me parece expresar mejor que todas las demás, su divina misión. Esta palabra me es agradable por muchos títulos. *Hé venido, decia, para poner el fuego en la tierra; qué es lo que quiero, sinó que arda?* La tierra á la cuál Jesucristo há puesto fuego, es nuestro corazón; y el fuego que há encendido, es el amor. — Os recordaba anteriormente la historia del mundo, desde el pecado original; os recordaba todos sus errores y todas sus vergüenzas, y os decia que, en esta época nefasta, *el mundo estaba sin Dios*. Pero, porqué Dios estaba entonces alejado del hombre? Dios no se aleja nunca más que cuándo el hombre es el primero en hacerlo; y el hombre se aleja, cuándo no ama... Ah! hé aquí la verdadera causa

tial de edificacion y de gracias; una solemnidad semejante no puede más que sérnos querida y preciosa. Hagámosnos un deber

del mal: el mundo no amaba á Dios. No solamente no le amaba, sentia por él una especie de horror instintivo: le tenia miedo: « Es el miedo quién hace los dioses, » dice el poeta. Por lo demás, la misma Judea no habia sabido élevarse por encima del sentimiento del temor: temblando se arrodillaba delante de los rayos del Sinaí: se estremecía ante el santuario... Y así el mundo iba á morir de frío, cuándo aparece de pronto Jesus, y con él el fuego y el amor aparecian... Ah! quién dirá las llamas que el Salvador há esparcido á su alrededor, durante su vida mortal! Su primera sonrisa en la cuna es el fuego que abrasa á los pastores y á los magos. Su primera mirada, sobre sus primeros discípulos, es el fuego que los excita y los determina á seguirle. No dice más que una palabra á la Samaritana: *Si supieras el don de Dios!* Y esta palabra es el fuego que incendia el corazón de esta pobre mujer. Muere él en la cruz, y su último suspiro es el fuego que purifica al buen ladrón... Es esto todo? y está el fuego por todas partes? Y cuándo Jesucristo vuelve á subir al cielo, deja la tierra bastante caliente, para que conserve para siempre su divino y poderoso calor? Nó, Jesucristo hará más todavía. Sus sonrisas, sus miradas y sus palabras no eran más que chispas, y la antorcha es mejor para llevar el incendio por todas partes. En un mismo foco coloca su divinidad, su alma, su cuerpo, su sangre preciosa, su sagrado corazón, su poder, su bondad, su sabiduría y su amor; é instituye la Eucaristia. Hé aquí la antorcha incendiaria, hé aquí la llama... Ah! llama divina, anda, recorre, de un extremo del mundo al otro. Abrasa á todas las almas y que ninguna escape á tu calor... Jesucristo no se há engañado: toda alma que comulga bien no puede permanecer insensible al fuego que la consume. Comulgando, se hace amorosa; amando, aprende á encontrar el yugo del Señor dulce, y su peso ligero; es casta, humilde, sufrida y caritativa; practica facilmente la ley y arde con el fuego divino... *La obra de Jesucristo está realizada.* — III. Hé añadido en tercer lugar: *Sin la Eucaristia, la Iglesia estaria muy triste.* La Iglesia naciente habia contemplado á Jesucristo, y habia gozado de su presencia. Ay! su alegría fué breve: muy pronto ella le vió clavado en la cruz; y sentada al pie de esta cruz, lanzó este grito de angustia: *Oh! vosotros que pa-*

de tomar parte en todos sus ejercicios, haciendolo con toda la piadosa atencion y todo el fervor de que zéamos capaces. Porque es

*sais por este camino, véd si hay un dolor parecido al mio!* Pero el Dios que aflige es tambien el Dios que consuela: la vispera misma de su muerte, Jesucristo institua la Eucaristia; y entregaba á su Iglesia *su Esposo presente y vivo...* Qué seria la Iglesia sin la Eucaristia? Ay! no nos es más que muy facil comprenderlo. Echemos solamente una mirada sobre todas las sociedades cristianas que se vanaglorian con el nombre de Iglesia, pero que no tienen la Eucaristia. — No os há sucedido alguna véz entrar en un templo protestante? una tribuna en dónde hay un hombre que habla, las paredes desnudas, y yo no sé que de triste y de frío que vaga entre los allí réunidos; hé aquí todo: es que no hay allí la Eucaristia... — Ah! ahora, penetrád en una de nuestras iglesias, un hermoso dia de fiesta... Para qué son nuestras iglesias, si no es para abrigar la Eucaristia? Para qué nuestras bovedas atrevidas, y que la escultura enriquece, sinó para servir de cupula al tabernaculo eucaristico? Para qué nuestros campanarios que atraviesan los aires, sinó para que las campanas anuncien alegremente á los fiéles las fiestas eucaristicas? Para qué nuestros ricos altares, nuestros preciosos tabernaculos, sinó porque son la estancia del Dios de la Eucaristia? Para qué alrededor del altar ésos haces de luces, ésas flores, ésas nubes de incienso, sinó para rendir homenaje á la divina Eucaristia? Para qué los ministros del altar, cuya vida humilde y mortificada se aleja de las pompas mundanas, y cuyo traje habitual parece mejor lugubre; porqué, en nuestros ritos sagrados, los véis vestidos de seda, de purpura y de oro? Y porqué el pontífice, en todo el brillo de su gloria, aparece con la diadema en la frente y el baculo de oro en la mano? Porque el pontífice, asi cómo los sacerdotes, son los ministros de la Eucaristia. — Asi, vémos que la Eucaristia es el centro de nuestro culto; y este mismo culto exterior, tán brillante y tán pomposo, qué otra cosa es, sinó la expresion de la alegria de la Iglesia, en presencia de su *Esposo vivo?* La Iglesia se alegra de la presencia de Jesucristo; y es ella que repite cada dia la palabra del profeta: *Yo me acercaré al altar de mi Dios, del Dios que llena mi eterna juventud con una santa alegria...* (Msr. de La Bouillerie, *Allocucion pronunciada*, en Carcasona, en 1866.)

con estas condiciones que la adoracion perpetua producirá los felices resultados de que acabamos de hablar. Es con estas condiciones que Nuestro Señor será mejor conocido, bien servido, más amado, y que nosotros mismos serémos edificadas y colmadas de gracias. Es con estas condiciones, por ultimo, que la adoracion perpetua será un poderoso medio de salvacion, segun las miras de la Iglesia con la institucion de esta solemnidad. Asi séa.

---

## SOBRE EL CARNAVAL

### PRIMERA INSTRUCCION

#### Desarreglos de este Tiempo.

I. Su origen. — II. Su naturaleza. — III. Sus consecuencias.

En todo tiempo, un cristiano debe llevar una vida cristiana; porque, desde que deja de hacerlo, envilece su titulo de cristiano y se hace indigno de llevarlo. Y hay precisamente en estos dias de carnaval, una multitud de cristianos que se conducen de una manera poco cristiana, y completamente indigna del noble caracter de que están revestidos por el santo Bautismo. Pero, porque muchos de ellos no se dán quizás bien cuenta de la gravedad de los desordenes á que se entregan, quiero consagrar esta plática á ilustrarlos en una cuestion tán seria. En cuánto á las personas que no toman parte en estos desordenes, ellas desearán ver una véz más cuán sabia es la Iglesia proscribiendolos. Voy pues, en una primera reflexion, á recordaros el origen de los desarreglos del carnaval; en una segunda, os hablaré de su naturaleza; y en una tercera, os indicaré sus funestas consecuencias<sup>1</sup>.

1. Bacchanalia exterminanda: 1° Ob eorum originem. 2° Ob exemplum gentium. 3° Ob christianam honestatem. 4° Ob eorum perniciem.